

## 1982, el petróleo, el sentimiento y nuestros hijos.

Es cierto, la reacción oficial ante la avanzada petrolera británica puede tildarse, si se quiere, de “simbólica”. Pero no menos “simbólica” es la avalancha de actos de repudio, marchas, diatribas encendidas y publicaciones denunciatorias que hacen las incontables asociaciones “Pro-Malvinas”.

Como participante del enfrentamiento bélico de 1982, me cabe el dudoso privilegio de figurar en las listas de direcciones de mail de demasiadas agrupaciones y grupos relacionados con el asunto y es así que cada mañana comienza para mí con el borrado rutinario de un montón de declaraciones escandalizadas y llamados a la reacción que nunca va más allá de la “demanda inmediata”. Con el mismo vocabulario grandilocuente que nos persigue –creo– desde el primer gobierno militar argentino, los firmantes de estas arengas incendiarias llaman a la movilización pacífica –un neologismo de oscuro significado para mí– en contra, en repudio, en defensa....

Si no hubiéramos peleado como lo hicimos, ya estaría harto. Como peleamos, este continuo lloriqueo por nuestra supuesta virtud violentada me produce una profunda pena.

Hace unos años se acuñó el término “malvinizar”. De puro ignorante, asumo que quiere decir crear –o mantener– conciencia del imaginario que nos impulsó a tomar las armas en 1982.

No sé qué ganaríamos con eso, habida cuenta de las circunstancias lamentables que transita la Argentina desde hace años en los campos del desarrollo económico, moral y político. Es simplemente un anacronismo más, es mirar nuevamente para atrás, es negar las posibilidades del futuro. Es condenar a nuestros hijos a recorrer la misma senda obsesiva y populista; instarlos a adorar el mismo becerro de oro de la defensa de nuestra pudorosa nacionalidad ultrajada y la denuncia permanente del abuso implacable al que nos someten los supuestamente poderosos, sobre cuya mesa vomitamos cada vez que nos invitan.

Es absolutamente cierto que Inglaterra no tiene ningún derecho a hacer lo que está haciendo. Pero en este juego, el derecho no es un valor moral absoluto, accesible a todos. Hay que ganarlo, hay que merecerlo. Inglaterra, con todas sus deficiencias, es una nación profundamente comprometida con procesos de mucha mayor importancia global que las Malvinas, procesos de los que dependen la estabilidad y el bienestar de innumerable cantidad de personas. El ejercicio efectivo de esa responsabilidad le brinda estatura y un peso singular al momento de pensar en ponerle palos a la rueda.

En otras palabras: creer en la posibilidad de que el consenso de naciones presione significativamente a Inglaterra por la cuestión de Malvinas es como creer en el Pato Donald. La existencia de Inglaterra –y su buen funcionamiento– son demasiado importantes para la estabilidad mundial. Uno puede decir que no es ético, que no es moralmente defendible y que el derecho nos asiste, pero la verdad es que el mundo civilizado no puede darse el lujo de prescindir de una Inglaterra poderosa.

¿Pero puede el mundo civilizado prescindir de la Argentina? Lamentablemente y con regularidad creciente le damos prueba de que sí, de que nuestra participación en las cuestiones que tienen que ver con el progreso de la civilización, el logro de un mundo sostenible, el mejoramiento de las condiciones de vida para la mayoría, no es parte de nuestra agenda. Las misiones de paz en que nuestras FFAA participan siguen siendo –a pesar de la calidad humana y profesional de los esforzados efectivos que las cubren- ejercicios que no representan ningún sacrificio real para el estado (más bien al contrario).

Es –como ya dije una vez en esta columna– como si estuviéramos “fuera del mundo”. Curiosamente, esta actitud nos define hoy como nación, pero se desdice en la actuación individual de cada argentino esforzado –y los hay muchos– que trabaja en nuestro país o desde fuera de él en pos de un futuro mejor.

Pensemos en esta amenaza del petróleo malvinero: una respuesta a la posible explotación de esos recursos por parte de otras naciones sería iniciar una campaña de educación científica seria, extensa, que tuviera como meta concreta convertirnos en una fecha determinada en un país líder en la investigación y el desarrollo de fuentes de energía alternativa ¿No sería maravilloso ver que nuestro país –por una vez en estos terribles cincuenta y pico de años en que lo he visto sangrar– volcase sus energías en objetivos de significado universal en vez de seguir llorando como una novicia por la leche derramada?

La alternativa que elijen las organizaciones “pro Malvinas” que conozco me parece lamentable: este seguir quejándonos por la injusticia que nos inflige un mundo que los más simplistas entre nosotros tildan de “los poderosos” y que está formado por países que arriesgan en apuestas de desarrollo agresivo para mejorar el mundo en que todos vivimos, que miran más allá de sus limitaciones y se atreven a soñar con metas que exigen una conciencia comunitaria de la que parecemos no tener la menor idea y que es la clave del progreso y la subsistencia.

Pensemos por ejemplo en Brasil y su Brasilia, una ciudad que nadie creyó posible y que llevó cinco o seis años construir, con la participación y el esfuerzo de casi todo un país. ¿Podría nuestra Argentina hacer algo así, por lo menos? Porque no se trata de la ciudad en sí misma: Brasilia fue el sueño de Kubischek para recuperar un Brasil oculto, lograr un país más justo, más democrático, más incluyente. Desgraciadamente no todo funcionó como lo había planeado, pero por lo menos le dio un ejemplo al mundo, demostró que el Brasil podía también moverse en esa dirección, dejar de ser feudal, tener también una voz como país de veras participativo.

No creo que precisemos una Brasilia más de lo que precisamos una Viedma, pero hay innumerables urgencias que nos llaman. Nos llama el Chaco, nos llaman las poblaciones costeras eternamente inundadas en donde la vida es una incertidumbre permanente, nos llama la educación que se derrumba a cada minuto, nos llama la salud pública, la industria... la lista es enorme.

Pero para reconocer nuestras falencias y tapar los agujeros antes de que el barco se hunda definitivamente hay que despegarse de esa especie de microscopio criollo que nos distrae de todo lo que sucede alrededor y que nos hace –entre otras cosas- seguir enfocando a Malvinas solamente como una afrenta personal, aislándola de todo el contexto que no podemos ver pero que es justamente el contexto que le interesa al resto del mundo, y por el cual “nuestro problema de Malvinas” resulta para otros una cuestión tan poco trascendente.

Queremos que el mundo civilizado preste atención a nuestro derecho e imponga a cualquier costo el respeto a las leyes que todos hemos aceptado y creado por consenso. Pero nosotros mismos, cuando nos conviene, afrentamos esas leyes: no hablemos ya del escándalo que fue el default; que no tiene defensa posible, pero tampoco hacemos honor a nuestros compromisos de derechos humanos, por mencionar algo que se comprueba en las aberraciones jurídicas que implementa el régimen de los Kirchner para vengarse de sus enemigos. Es como pedirle justicia a un tribunal que no respetamos cuando nos toca cumplir la ley.

Y no contribuimos, fundamentalmente es eso, no contribuimos. El estado interno de la Argentina –su estado moral, social, ideológico y político– es inaceptable para cualquier observador que conoce el valor de nuestra cultura y nuestra historia. Le hemos dado a las Malvinas una prioridad que nos ayuda a no mirar –como si fuéramos avestruces– problemas mucho más serios y de los cuales depende nuestro futuro como país.

Las voces que indignadas azuzan la contienda denunciando la “pertinaz iniquidad de Albión” debieran saber que los que luchan y los que mueren luchando lo hacen por causas que no tienen nombre propio. Lo hacen por cosas como el cariño, el amor profundo, la sonrisa que recuerdan de alguien muy querido; por la palmada fraternal que un camarada les da en el hombro, por la confianza que transmite la mirada de un superior o un subordinado, aunque sean desconocidos; por el orgullo de saberse capaces, por la paz que otorga el ser sinceros y por todas esas cosas que nada tienen que ver con los objetivos militares, pero que encuentran en la acción la oportunidad de ser reconocidas.

Esas razones son la misma moneda con que se puede construir, educar, dar apoyo y brindar esperanza.

Las islas son solamente eso. Islas. Pero el esfuerzo y la lucha fueron una expresión de unidad argentina de la que debemos enorgullecernos. Respetemos el coraje y la devoción de los que lucharon, pero comprendamos de una vez que los que allí lucharon y cayeron lo hicieron por el respeto que sentían por sí mismos.

No hay "lucha en vano" o "sacrificio inútil". Todos luchamos por nosotros, por nuestra *idea* de la vida, por las cosas que queremos y contra las cosas que no queremos, la lucha de 1982 no puede morir como una empresa aferrada a las islas, no puede quedarse allí, el objeto es circunstancial y hasta olvidable. Las naciones se forman con el consenso de ideas y voluntades, no basta con la tierra.

Si queremos de veras honrar esa contienda, revivamos en nosotros la voluntad de luchar por nuestra idea de honestidad, de justicia y orden. En vez de movilizarnos para “demostrar repudio”, miremos un poco para adentro. Esforcémonos para darle sentido universal en nuestro suelo a la forma en que los argentinos sabemos enfrentar y disfrutar la vida y defendamos el derecho de otros a tener la misma posibilidad. Trabajemos para recuperar la estatura que perdimos. Ya basta de payasadas.

Diego F. García Quiroga.